



ECO DE LA JUVENTUD ORIENTAL.

PERIODICO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

Este periódico se publica los JUEVES y DOMINGOS de todas las semanas. Cada ocho números forman un mes, que tiene por precio UN PATAcón. La recaudación se hará después de entregado el segundo número de cada mes, según lo especifica la cubierta mensual. Sus redactores responsables son D. Carlos A. Fajardo, D. Ramon de Santiago, y D. Fermin Ferreira.

Acciones humanas.

L hombre considerado como un ser activo, inteligente y libre, es responsable de sus acciones: es acreedor al premio que ellas merezcan, como deudor al castigo de que se hayan hecho objeto. Las acciones humanas llevan todas uno de estos tres caracteres: bondad, maldad, é indiferencia: esto es, actos cuya ejecucion no ha producido ni mal ni buen efecto.

En los actos del hombre está fundado el órden social, si ellos van dirigidos por el sentimiento que encontramos en nosotros de justicia, sentimiento, que no deja pasar inapercibido el menor defecto, no hay duda, que reportarán utilidad no solo á nosotros, sino á los demás. Importa pues conocer esos actos, darles la verdadera interpretacion, y concederles su mérito ó desmérito. Pero esto es muy difícil al hombre: dotado de una inteligencia limitada, no puede salir mas allá del círculo que le marcan sus facultades, no puede penetrar en el corazon de sus semejantes, sino por medio de comparaciones, cuyo centro es él. Por consiguiente juzgando con relacion á nosotros los actos de los demás, es muy fácil nos equivoquemos, y demos un fallo enteramente contrario al que merecía la accion ejecutada. Muchas veces hermosas y seductoras apariencias de bien, nos hacen juzgar de un modo erróneo, porque no hemos tratado de averiguar los principios; lo agradable nos alucina, y no queremos pasar mas adelante. Por el contrario esterioridades que nos desagradan, que parecen des-

cubrirían un interior mas corrompido aun, suelen serlos anuncios de una buena alma. Conocer pues las acciones humanas por los efectos, que ellas producen aunque no sea una regla enteramente equivocada, suele en muchos casos llevarnos á un falso juicio, y nos hace concebir por consiguiente una antipatia injusta contra las personas que las ejecutaron. Cuantas veces obra el hombre con la mayor inocencia: quizás sin haber meditado en lo que va á hacer, ó tambien sin tener conocimiento de lo que puede producir su acto, y se le juzga como criminal, se le aborrece como infractor de la justicia. Cuantas veces una piedra arrojada por una mano inculpable ha causado la muerte de un hombre. Aquí la accion era indiferente, no llevaba ninguna mira particular: la victima ni aun era conocida por el que lo sacrificaba, no la veia en el momento de ejecutar su accion: sin embargo sus efectos han sido perniciosos; aquel hombre tendria acaso una familia, que perecerá; pero no por esto debe llamarsele homicida al primero. No por esto se ha hecho merecedor del castigo. Luego debe existir una regla mas segura, que reuniendo todos los antecedentes á la accion, combinando los motivos, examinando la conducta del ejecutor, y su jenio nos conduzca á acercarnos mas á la verdad. Esta regla no puede ser otra que la atencion debida al fin que se ha propuesto, á la *intencion* que lleva el individuo en su acto. Este nos parece el medio mas acertado de llegar á un verdadero asentimiento. La intencion es lo que constituye el crimen, si es mala lleva envueltos en sí el odio, la venganza, la impureza etc, si es buena va acompañada del amor

FOLLETIN.

EL DIOS DEL SIGLO.

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

por D. Ramon Salas y Quiroga.

(Empieza en el número 4.)

Consistia tal fortuna en tierras, por diez libras las mas, perteneciendo solo al antiguo feudo de los Zúñigas el castillo vetusto y una parte de la cercana vega. Su custodia, por ser las posesiones muchas y apartadas, era trabajosa y exijia un vigor que habia don Juan gastado en las guerras; mas, no era esto lo que mas afijia al viejo, sino el temor de que, á su muerte, su hijo ocupado en asuntos políticos, no pudiese dedicarse al cultivo de las heredades que constituían el patrimonio de Otelina.

Por esta razon, muchas veces habia buscado medios de evitar semejante contratiempo, cambiando y asegurando las bases de su riqueza. Don Carlos le inspiró el medio de conseguir este fin: bastaba, para eso, vender todas las fincas rurales, y con sus productos comprar papel del estado que diese un rédito proporcionado al capital; mas, como las rentas de España inspiraban poca con-

fianza por entonces, pensó el noble diplomático que convendría mejor á su familia adquirir títulos de la deuda extranjera. Así se hizo, y, al cabo de poco tiempo, don Juan de Zúñiga empleó todos sus fondos en rentas inglesas, cuyos documentos conservó en su poder. Cada semestre, al recibir los intereses, tomaba aquella parte que necesitaba para vivir y enviaba lo demás á su hijo.

Pocos años antes de que fuese separado don Carlos de su destino, su anciano padre, deseoso de verlo, y no permitiéndole su salud emprender tan larga jornada, pensó en remitirle una licencia con ruego de que viniese á España, trayendo consigo á Otelina que habia pasado toda su vida en Alemania, ya con su padre, ya con una parienta de su madre. Para conseguir este permiso y causarle con su envio cierta sorpresa, se trasladó don Juan á Madrid en compañía de un antiguo criado solamente, y, sin decir siquiera el objeto de su viaje á su hijo. Hallábase este ajitado, no adivinando aquel misterio que era el primero que su padre le habia ocultado, cuando recibió la tristísima nueva de la muerte del honrado y anciano caballero, golpe fatal que le partió el corazon. Fué tan repentino el suceso, que supo la muerte sin tener antes ninguna noticia de la enfermedad.

Pasados los primeros tiempos del duelo, don Carlos pensó que no le estaba bien el descuidar los intereses de Otelina, y escribió á su apoderado preguntándole por el testamento de su padre y pidiéndole detalles á cerca de sus asuntos. La contestacion fué que don Juan legaba toda su fortuna á su único hijo, en un testamento

á la sociedad, del cumplimiento del deber moral, y del desinterés. Aunque una acción mala no haya tenido el resultado que se proponía, el hombre con ella sola, es decir, con la intención, que implica el deseo, ya se ha hecho criminal porque va contra su conciencia; porque volverá á repetirla cuando se le proporcione una ocasión favorable. La justicia civil ignora todo lo que no aparece á la vista del hombre; por consiguiente no puede imponer el castigo; pero la divina, que penetra en todos los corazones la juzgará.

La mayor parte de los moralistas están conformes en que para fallar sobre las acciones humanas se debe atender á la intención del sujeto obrante. Aun así mismo solemos engañarnos, mucho más si las juzgamos con relación á nosotros, como hemos dicho más arriba.

La buena ó mala reputación de un individuo consiste en la serie de actos buenos ó malos, que le veamos ejecutar. Ellos constituyen su vida moral: ellos también la tranquilidad, ó borrascas de su corazón. El verdadero y primer juez de nuestras acciones somos nosotros mismos, es nuestra voz interna, la conciencia en fin base del conocimiento de las ideas del bien y del mal. No puede ser de otro modo, desde luego que simpatizando nosotros con el primero y aborreciendo el segundo, deducimos y con la mayor exactitud, que debe suceder en los demás el mismo fenómeno.

Juzgar las cosas por sus apariencias es caer voluntariamente en el error. Esto dice un célebre escritor, y sobre esta misma sentencia debemos fundar nuestros juicios. De lo contrario nuestro modo de buscar los principios sería antilógico, no tendríamos uno solo, que llevase el carácter de positivismo.

Conocemos un individuo cuyos actos van todos bajo la regla de la justicia, que tiende la mano al desvalido, que procura la prosperidad de su Religión y de su Patria; no le llamemos sin embargo justo hasta haber experimentado bien su virtud, hasta ver si un interés oculto es el móvil de sus actos. Quizás esas apariencias sean la máscara con que cubre sus miras de ambición y de egoísmo.

muy lacónico, de que le remitía copia; pero, que, á pesar de haberse hecho toda clase de investigaciones para ello, no se habían hallado los títulos de la deuda que el difunto poseía.

En aquella repentina muerte y en la desaparición de los títulos, algo de horroroso halló don Carlos; pero, por de pronto, pensando que no le había de ser imposible descubrir la verdad, y no queriendo mezclarse directamente en asunto para él tan doloroso, envió poderes y siguió la negociación sin resolverse á regresar á España.

Cuando volvió á Madrid, por el triste accidente que hemos referido, supo que había fundados motivos para sospechar que su padre había sido envenenado, y que, en este trágico suceso, así como en la desaparición de los documentos que formaban una inmensa riqueza, tenía parte aquel antiguo criado que lo acompañó á Madrid cuyo paradero se ignoraba. Se contentó, pues, por de pronto, con tomar posesión del pequeño mayorazgo que no le habían podido arrebatar, y se propuso continuar en sus investigaciones hasta dar con la verdadera historia del aciago caso que tantas lágrimas le costaba.

Así, pues, don Carlos de Zúñiga y su hija, en vez de la próspera suerte de que hubieran debido gozar, disfrutaban tan solo de un bienestar muy modesto, fruto de algunas economías y de la reducida herencia; pero, si de sí solo se hubiese tratado, poco habría importado al diplomático, pues, cansado ya del lujo de treinta años, hallaba cierto placer en la quietud y sosiego que da la mo-

quizas sean por darse un nombre, por adquirir una fama entre sus contemporáneos. Siendo así; ese hombre no es justo por deber, no se sujeta á las voces de su conciencia por convicción, solo es guiado por un interés personal, que sabido le hace perder todo el mérito que había llegado á conseguir. Entonces solo vemos en él, un hipócrita, un egoísta, sin patria, sin ley, sin amistad, y hasta sin Religión.

El deber: esa fórmula que nos presenta el corazón como base de nuestros actos, es el móvil más digno de nuestros pensamientos, palabras y acciones.

El placer móvil acordado por la sensibilidad nos conduce á tener que mirar al hombre como un ser encerrado dentro de sí mismo, que solo obra por su bien, cuyos actos son ejecutados por su interés particular.

¿Cómo conceder esto á la vista de los héroes, que han dado honra y gloria á las doctrinas morales, que han sacrificado sus mayores comodidades por el bien de la humanidad? Las páginas de la historia antigua, las de la edad media, y aun la moderna, nos recuerdan y presentan hechos heroicos, grandes sacrificios, ejecutados solo por el deber. No hay duda que en el cumplimiento de esas obligaciones sentían un dulce estado, una tranquilidad incomparable; pero para llegar á gozar de esos bienes, tuvieron antes que combatir su sensibilidad, y dominar sus pasiones que es el primer deber, que se puede decir, del hombre.

R. DE S.

LA INCLUSA.

Triste sonido entre la noche oscura,
Turba el reposo del tranquilo hogar;
Quizas le anuncia con cruel tristura
De un inocente el infeliz natal.

Esa campana que sonó á deshora
Lleva en su acento lástima y horror.
Anuncia un crimen, que inocente llora
Fruto maldito de perverso amor.

dianía, libre de parásitos y aduladores. Afijátele, empero, el ver que su hija no tenía más comodidades, si bien le consolaba la frugalidad innata de Otelina y sus gustos sencillos.

Tranquilamente, de tal modo, vivían en Madrid padre é hija, esperando días mejores que soñaba Otelina hallar, no en los lazos molestos de una riqueza efímera, sino en la dulzura de los vínculos del corazón y en el deleite de la tranquilidad doméstica. Ya la joven había suspirado por vez primera, y ya asociaba su ventura al recuerdo de aquellas flores, de aquella serenata, de aquel recatado amor que tan bien cuadraba con su carácter apasionado. Pero, don Carlos nada había llegado á traslucir de aquel misterio, y vivía, si bien atento y cuidadoso, sin pesares ni recelo.

En día que, como los anteriores, mediaba acerca del trágico fin de su padre, y que procuraba idear algún medio de descubrir aquel impenetrable suceso, su ayuda de cámara le anunció la visita de don Sisebuto de Soto. No le era del todo desconocido este nombre, que había oído á veces pronunciar en tono de mofa, ya en casa de la marquesa de Romero, ya en otras que solía frecuentar. Mas, no adivinaba cuál podía ser el objeto de la visita. Creyendo que se trataría de negocios, porque sabía que Soto era hombre de dinero, lo recibió en su despacho y sin quitarse la bata que usaba por la mañana.

Esta sencillez formaba contraste con el desusado lujo de don Sisebuto. Aunque no habían todavía dado las once de la mañana en el reloj del Buen Suceso, el rico pretendiente se presentó vestido

Al par del débil plañidor sonido
El llanto oyose de una tierna voz :
Fué de un infante lánguido gemido,
Que al triste torno la maldad llevó.

¿Do esta el amor y paternal cariño!
¿Do las entrañas de una madre fiel?
Llora, infeliz y desgraciado niño,
A un mundo naces, que te ofrece hiel.

Maldicelo por tu maldita suerte
Te esperan llantos y continuo azar.
¡Oh cuantas veces desearás la muerte
Sin una madre que te vea llorar!

Después que la bella infancia
Ponga fin á su dulzura,
Cuando empiece la hermosura
De sus días á faltar ;
Y entonces busque anhelosa
Tu desgracia algún consuelo
No lo harás en el suelo,
Que es imbécil y brutal.

Cuando veas que en el mundo
Existe un padre amoroso
Para el hijo lacrimoso,
Que atormenta algún dolor.
Cuando veas que una madre
Oprime contra su seno
Al objeto siempre lleno
De su incomparable amor:

Cuando mires los hermanos
En sus juegos infantiles . . .
¡Ah! como febriles
Tu corazón sentirá.
Una idea maldecida
Se concibe ya en tu mente,
Tan horrible que tu frente
Jóven aun marchitará.

En el medio del delirio,
Que atormenta tus sentidos,
Esos seres ya perdidos,
Que te abrazan pensarás.
Cuando el sueño te reclina
En el lecho de la inclusa

como pudiera para un soberbio baile. Llevaba frac negro, recién salido de las manos de Utrilla; el pantalón era blanco como la nieve; chaleco soberbiamente bordado, botas de cristalino charol y corbata blanca. Dijes en la camisa, dijes en los dedos, dijes en el chaleco, todo de un precio extraordinario: hé aquí el complemento de aquel singular prendido.

Acostumbrado Zúñiga á la severidad clásica en el traje, y respeto á ese tácito convenio que existe entre las personas elevadas para distinguirse por el vestido, á todas horas del día, no pudo menos de mirar con extrañeza al rico mal aconsejado. Empero, pensó luego en el mal gusto proverbial de los hombres llamados de dinero que creen igualarse á las personas finas, escediéndoles en lujo, y le instó para que tomase asiento.

Jamás hombre ninguno en el mundo se vió mas turbado que, en aquel crítico y solemne momento, don Sisébuto: leíase en sus ojos, en sus labios, en su frente, cierto afán desusado en él de agradar y un profundo temor de no conseguir su intento. En vano lo alentó don Carlos con su benévola tranquilidad y le rogó que le manifestase el objeto que le proporcionaba la honra de aquella visita.

— Yo no sé, Señor don Carlos, dijo por último, después de mucho toser y limpiarse el rostro, aunque en el despacho no molestaba el calor, no sé si V. ha oído decir que soy rico.

— Si señor, contestó Zúñiga cortesmente, sin sospechar de lo que se trataba; sé que V. es muy rico.

Una palabra confusa
De NINA NIA escucharás.

Mas ¡oh dolor profundo!
No encuentra la tierna madre,
Ni del amoroso padre
Ve la sombra al despertar.
Llanto entonces solo queda
A su vida desgraciada:
Criatura malhadada,
¿Porqué quieres respirar?

Mas valiera que esos tigres
Que del crimen te formaron,
Y en sus entrañas no hallaron
A lo menos compasión,
Te dejarán en el seno
De la nada incomprensible
¡Oh sería preferible
Para un noble corazón!

Es muy tirano el existir
En el mundo abandonado,
Cuando ansiamos un dorado
Y alhagüello porvenir.

Encontrar á nuestro anhelo.
Opuesta la desventura,
Es padecer amargura
Continuo y cruel desvelo.

Querer la dicha gozar
De una union encantadora,
Y hallar en lo que se adora
El desprecio y nada mas.

Ansiar la fama y honores
Que eternizan al humano,
Y no encontrar una mano.
Que suavice los dolores.

Pobre esposo sin nombre
Sin saber quien de tu vida
Aunque sea maldecida
El origen triste fué,
Esto será un tormento
Siempre siempre á tu cabeza:
Olvidarás la pobreza
Menos crudo padecer.

— « Muy rico ¿eh? »

— « Sí, muy rico. »

— « Mi firma vale en la plaza tanto como la primera. »

— « Eso tengo entendido. »

— « Desde que ando en negocios, no he dejado de pagar ni una sola vez antes de la hora de la bolsa. »

— « No lo dudo; pero, no acerto . . . Que me acuerde nunca he tenido negocios con V., dijo el diplomático, no adivinando cual podía ser el término de aquel preámbulo. »

— « Oh! no señor, jamás; pero, si V. los tuviese, mi palabra se descuenta en la plaza como mi firma, y, aquí donde V. me ve, bien puedo pesar á V. de oro, y no me dejaría cortar una oreja por doce millones de reales. »

— « Eso por supuesto, ni por veinte y cuatro. »

— « Oh! por veinte y cuatro millones, cáspita eso varia de especie. »

— « Hola! exclamó sorprendido Zúñiga . . . pero confieso á V. que no atino adonde va V. á parar con tales preludeos. »

— « Yo tampoco me acuerdo muy bien, dijo turbado Soto, viendo que era preciso hablar claro; por fin, haciendo como que se acordaba, continuó: ah! si; ya estoy; V. tiene una hija ¿no es verdad? »

— « Si señor, contestó con cierta extrañeza, don Carlos, mirando de hito en hito á su curioso interlocutor. »

— « Y ¿ muy bonita? »

¡Incertidumbre amarga!
Que en tu temprana mente
Desbordará inclemente
La copa del dolor.
¡Quizas quizas maldiga
La sociedad entera
Acaso una ramera
Villana lo alumbró!

R. DE SANTIAGO.

VELADAS DE INVIERNO.

TODAS las estaciones del año tienen sus horas de atractivo, de placer y de recreo, como el hombre tiene en su vida horas de amor y desconsuelo; como el jardín tiene sus épocas de amenidad ó insulsez, y como la sociedad momentos de satisfaccion y de hastio.

El nauta en medio de las olas tiene tambien horas de consuelo, como de angustia y desesperacion; el guerrero en los combates; el poeta en su lira; el pintor en sus cuadros; el amante al lado de su amada, y el amigo en el seno de la amistad.

¡Así es la vida en sus diferentes estados! Quien no conoce primeramente la inocencia y candor y despues las ilusiones y los dulces delirios de la juventud? Quien ignora despues de ella sus sufrimientos, quebrantos y congojas? Quien no ve en ella representadas las estaciones del año con mas ó ménos perfeccion?

La vida? . . . Si; la vida tiene sueños encantados, épocas tranquilas, momentos de penas, é instantes de ira y de insensatez. Tras del placer viene el dolor y en seguida del encanto la desilusion. Solemos decir, ingrata es la vida! pero no! Ella es para nosotros lo que para todos; pero nosotros muchas veces no somos para ella, porque los sentimientos, la indole del hombre no siempre son iguales á los de los demas; ni las épocas son iguales para todos.

Hay momentos de expansion para el alma á la sazón misma en que otra se halla presa de algun

— « V. la favorece, respondió el diplomático, con cierta socarronería.

— « ¿Qué edad tiene?

— « ¡No es V. poco curioso! Supongo que á eso no habrá venido V., y, como tengo que salir, desafia que tuviese la bondad de decirme . . .

— « Oh! si está V. ocupado, volveré otro día; eso es lo mismo.

— « ¿Para qué otro día? ahora puede V. decirme lo que se le ocurra.

— « El hecho es que me da un poco de cortedad . . . porque, francamente hablando, no habia pensado casarme jamás, hasta que vi á su hija de V. y, como es tan bonita, hablando en plata, me emanoré como un chino. En fin . . . á Roma por todo, estoy decidido á casarme con ella.

— « ¡V. á casarse con ella!

— « Si señor, decidido, si no lo lleva V. á mal.

— « El caso es que lo llevo á mal y muy mal.

— « ¿V. no da su consentimiento? . . . dijo don Sisebuto, suspenso y maravillado. Diantres! Esto no lo habia yo previsto.

— « Pues, no era caso imposible.

— « No digo que no, pero . . . Vamos, hablemos francamente, que á mí me gustan así las cosas: el pan pan, y el vino vino. Dotaré á la muchacha en dos millones de reales que heredará V., si ella muere primero. ¿Acomoda?

— « No señor. »

sentimiento lúgubre, ó de alguna idea dominadora y tenaz que la sumerge y abate. En que la materia lucha con el espíritu, cuando las ilusiones doradas quieren convertirse en realidad. Pero aun esto mismo es un placer, y placer de esos mas grandes que nos sensibilizan y elevan.

Pero que tiene esto que ver con las veladas de invierno? Nos desviamos de nuestro objeto guiados quizás por las afecciones de nuestro corazon, ó tal vez por los diferentes sentimientos que hemos experimentado en las noches de invierno.

Decimos pues, que todas las estaciones del año tienen sus horas de atractivo y de placer, y en efecto: si en el verano nada es mas delicioso que en sus tardes amenas pasear por las orillas del mar y contemplar el murmullo de sus aguas; bañarse en ellas; tender la vista al horizonte y verle puro y dorado por los rayos del sol que se ha ocultado; tambien nos place pasear por la verde campiña y contemplar en las diversas florecitas que la cubren la fertilidad de nuestro patrio suelo.

En el invierno no es menos agradable los momentos de solaz que nos ofrecen las reuniones sociales. Las tertulias, las visitas de amistad en que nos pasamos gran parte de las noches, tienen para nosotros muchos hechizos.

En unas juegan al ajedrez, al dominó, á las damas, en otras al juego de prendas, y loteria entre bellezas que nos electrizan instante por instante. Otros sentados al lado de una estufa encendida, leen alguna obra recreativa ó científica, y otros en fin envueltos en sus tálmas cruzan las calles con barro ó con frio, para ver algun objeto que los trae encantados.

Para todos, el invierno y el verano tienen momentos de predileccion y bienandanza, y así como á unos les agrada pararse á grupos en las veredas y decir á cuantos pasan, particularmente á las damas porcion de dicharachos, á nosotros nos agrada verlas y decirselos tambien de cuando en cuando sentados á su lado en uno de esos momentos de inspiracion para el alma.

Pero lo que place generalmente mas, es cuando nos hallamos entre amigas (hablamos de todos)

— « ¡Hombre! . . . Es V. duro . . . vamos. Daré á V. un millón á toea teja, en doblones ó en onzas de oro. ¿Acomoda?

— « No señor.

— « Caramba! y qué caro es V. Como ha de ser, daré dos millones de contado y venga la muchacha, que estoy mas enamorado de lo que habia pensado.

— « Señor don Sisebuto, dijo don Carlos con dignidad y sencillez, no se canse V. con mas ofrecimientos; mi hija no está de venta, y, si lo estuviera, con todo su oro de V. no habria bastante para pagar el valor de un dedo de su mano. Guarde V. sus millones, y dispenseme la gracia de no volver á poner los pies en esta casa, con semejante estraña pretension.

— « Pero, y ¿si ella quiere?

— « ¿Quién? ¡mi hija!

— « Si señor, su hija de V.

— « Eso es imposible. ¿Le ha hablado V. de ello?

— « Yo jamás, pero, en diciéndole que tendrá coche y palco en el teatro y . . .

— « Perdone á V. este mal juicio porque no sabe lo que se dice: pero, puede V. irse confiado en que, si mi hija supiese semejante pretension . . . se reiria, porque ¿qué otra cosa habria de hacer?

— « Con que Vds., por lo visto, no saben lo que vale el dinero

— « Si sabemos, el dinero no da la felicidad, y aunque la diera, ella no la necesita, porque es dichosa. (CONTINUARA.)

participando de los hechizos de una amistad dulce y verdadera, en la que el pensamiento llega á concebir alguna lisonjera, que sin saberse aerece por momentos. Cuando muchas veces la broma de una ilusion pasajera oculta una realidad, muchas veces con el objeto mismo que promueve.

Se pierde una ilusion, se concibe otra, se olvida aquella y se realiza esta.

En otras reuniones se satiriza al prójimo, se toma café y en aquellas de mas amistad ó franqueza algun mate bien cebado con canela ó cascarilla de naranja; se juega de cuando en cuando alguna partidilla, hasta que el sereno canta las diez en que todos los hijos de familia se retiran á sus hogares.

Esto es en invierno: en verano la hora de retirarse es mucho mas tarde por que las noches son mas cortas y se pasan insensiblemente, ya en el jardin de refreseos, ya en una sala oyendo las melodias de un piano ejecutadas por las manos hábiles de alguna bella.

Concluiremos pues, con que el invierno y el verano tienen sus hechizos para los casados y para los solteros, para los paseantes y los que aman la soledad, y que de tantos atractivos hay algunos tambien para nosotros. J. J. B.

Certámen de Mayo.

El Superior Gobierno ha tenido la feliz idea de celebrar el presente Mayo con un *Certámen literario* que tendrá lugar en el Teatro el dia 25, con cuyo objeto ha nombrado una Comision que clasificará las producciones que sean mas sobresalientes.

Han sido nombrados para formar dicha Comision los SS. Doctores D. Manuel Herrera y Obes, D. Juan Carlos Gomez, D. Joaquin Requena, Jeneral D. Melchor Pacheco y Obes, D. Francisco Araucho y Abogado D. Cándido Juanicó.

Apesar de constarnos positivamente esto, y de la dignidad del pensamiento del Gobierno que viene á estimular la intelijencia de una juventud entusiasta, la cual sola ó con ayuda bien débil hace los mayores esfuerzos para crearse una literatura propia; á pesar de todo esto, decimos, aun no aparecido ningun programa ó simple anuncio de dicho Certámen, salido del Ministerio de Gobierno ó de la Comision Censora.

No creemos que pensamientos tan loables se conciban para ser desechados luego. Nos consta tambien que muchos jóvenes esperan con ansiedad la vista de un programa y, aun, que varios se dedican ya sin esperar aquel.

Montevideo conserva recuerdos muy gratos del 25 de Mayo del año 41: espectáculo de esa naturaleza que ennoblecen tanto la sociedad en cuyo seno tienen lugar, jamás deben esquivar los Gobiernos.

El 25 de Mayo de 1841, dice la narracion de ese acto, "á pesar de que son teatro nuestras aguas de una escena sangrienta que absorbe la curiosidad de la poblacion de Montevideo, no fal-

ta quien se encamine á buscar el cartel fatídico en las puertas del Teatro." En ese cartel se anunciaban las composiciones premiadas. A la una del dia dice la misma narracion, se abren las puertas del Teatro, y en menos de 15 minutos, los palcos y lunetas se cubren de casi todo lo que Montevideo encierra de gentes distinguidas de los dos sexos.

Es de esperarse que cuando la paz y el progreso de la intelijencia despierten en el alma una li-intelectual de la Patria, Montevideo añada mas ansiedad aun á los palcos del coliseo.

C. A. F.

Corrupcion del lenguaje.

La lengua española tan dulce y bella como verdadera hija de la Latina: rica en palabras, abundante en frases, que se presta tanto para la prosa como para la poesia, es la herencia mejor que pudieron habernos dejado nuestros padres. Tenemos por consiguiente la obligacion de conservarla pura, y los profesores de enseñarla tal cual es, y de corregir los defectos de la niñez, y los ocasionados por la educacion de los padres, que son los primeros maestros del lenguaje.

No debemos estrañar que en nuestro pais se corrompa gradualmente el idioma, y vaya dejenerando por decirlo asi en un dialecto, pero lo que se debe evitar es eso mismo, lo que se debe procurar es que los hijos de los extranjeros, que aun no conocen el idioma, queden con los mismos defectos, que los ocasionados por la educacion de los padres.

La obligacion de conocer nuestro idioma; por consiguiente las faltas que cometan las recibe el hijo, y he aqui los continuos é infinitos errores, que notamos ya entre nosotros, casi establecidos como leyes; porque muchas personas se burlan del que quiere pronunciar ciertas espresiones castellana-mente, y lo tienen sino por ignorante por un fatuo.

Esos mismos errores por una consecuencia necesaria se ven estampados en la escritura, y no puede ser de otro modo desde luego que se falta á una de las reglas de ortografia, que es la pronunciacion.

Dolor nos causa ver infinidad de escritos particularmente del bello sexo, enteramente llenos de defectos, cambiando enteramente las letras y las palabras, variando el sentido de las oraciones, y alterando por consiguiente el lenguaje. ¿Y todo esto porque? Por la poca actividad de los profesores que se encargaron de su instruccion primaria. No decimos todos; por que tenemos entre nosotros hombres muy intelijentes y cuidadosos en esa parte; pero algunos no han llevado mas miras en ese sagrado oficio, que adoptaron, sino hacer su negocio, sin cuidarse de fundar buenos principios en sus alumnos, abandonando enteramente el estudio del idioma patrio, y poniendo á los niños en otros ramos de instruccion no tan necesarios.

Es preciso predicar pues, contra la relajacion del lenguaje; para conseguir esto, se necesita que el instituto de instruccion pública vele siempre so-

bre la clase de hombres que han de ocupar tan dignos puestos, que los eesamine si son capaces ó no; y no solo se contente con el primer exámen, sino que de cuando en cuando visite los colejos, y observe su marcha. De lo contrario al correr de los años, el idioma de la República Oriental no seria ni Español, ni frances, ni italiano, ni ingles: Seria si una mezcla de todos ellos; lo que se llama un verdadero *galimatias*.

No se descuide la instruccion primaria, y poco á poco se irán desterrando esas palabras viciadas, ya en su acentuacion, ya en el modo de pronunciarlas.

Donde se notan particularmente los defectos es en la pronunciacion de los tiempos del imperativo, y en el vicio de confundir la *r* con la *ll*. Esto es muy notable; muy raras son las personas, que aunque no sean sino impulsadas por la costumbre, no pronuncien *ponete* en lugar de *ponte*; *corré* en lugar de *corre* y casi todos los imperativos van de este modo viciándose.

En la pronunciacion de la *y* griega y la *ll* és tanto ya el abuso, que muchas personas no pueden ni pronunciar, la segunda y otras cambian los *frenos* como suele decirse vulgarmente, diciendo *llo* en lugar de *yo* y otras muchas palabras por este estilo.

Son defectos, los que acabamos de espresar, que pueden cortarse muy facilmente para en adelante.

Si hasta ahora se ha conseguido en una parte de la sociedad; ¿porqué no se ha de poder hacer lo mismo con lo restante de ella?

Cuando vemos una jóven que habla bajo las reglas gramaticales, y escribe lo mismo, nos deleitamos sobre manera; no la tratamos de fatua como muchos ignorantes del verdadero mérito; la alabamos si, y la presentamos como un ejemplo á las demas.

Si la débil opinion de el *Eco de la Juventud Oriental* llega á nuestros hombres de estado, nos complaceria sobre manera el corto trabajo que nos tomamos al presentar una de las exigencias del pais.

R. DE S.

VARIEDADES.

ROSALINA.

(UN SUEÑO.)

I.

EN una de esas bellas mañanas de primavera en que la naturaleza se ostenta hermosa adornada de sus mas ricas galas y parece convidar al hombre á que deje su blando lecho y salga á respirar el aire embalsamado de las flores humedecidas por el rocío; en una de esas mañanas serenas que hechizan la mente del viajero bajo el azulado techo de la religiosa Italia; cuando todo en torno, respiraba sosiego, á pocas leguas de Parma en medio de las sinuosas sierras gigantescas, tenian lugar los acontecimientos que vamos á referir á nuestras lectoras.

En una espaciosa cueva á la falda de una colina, cuya entrada era completamente cubierta por es-

pesos matorrales, bebían, hablaban y cantaban al rededor de una gran hoguera en bulliciosa algazara, que hacia contraste con la calma de la naturaleza, de quince á veinte hombres de feroz mirada y tostadas facciones. Esta orjia era presidida por Giacomo, hombre de pasiones turbulentas y de un corazon de bronce en cuyo rostro, que no carecia de belleza se notaban rasgos inequívocos de sagacidad y la mas terrible expresion de maldad. Los bandidos se repeartian en ese momento el botin del dia anterior: brillaba en el semblante de todos una alegría salvaje al recoger el fruto de sus instintos criminales, mostrandose al mismo tiempo el vicio en toda su desnudez.

—Creo, dijo el jefe á sus camaradas, que no nos debemos de quejar de nuestra excursion de ayer; abundante ha sido la presa; pero espero que mejor la cataremos hoy; el dia es excelente para viajar y á algunos hemos de pezcar en el camino, con que así, aprontarse.

Las palabras del Gefe hicieron eco en el animo de sus compañeros:—saltaron todos contentos sobre sus armas, y despues de bien provistos de municiones, rodeando á Giacomo le señalaron la salida gritando fuera de sí.

Al camino! ¡al camino!!

Abandonemos por un momento á los bandidos deslizandose en silencio en medio de la crecida yerba para ocuparnos de la heroína de nuestro cuento.

II.

Allá á lo lejos se ven venir por el camino que atraviesa un pintoresco paisaje haciendo ondulaciones de valle en valle, dos personas que se dirigen á una aldea vecina. Ya se acercan—un labrador anciano de nevados pera abundantes cabellos y su hija jóven, único objeto de su cariño en la tierra é inseparable apoyo de su vejez.

Rosalina, (este era el nombre de la jóven), dotada de una imaginacion ardiente, y despejada, entraba entonces en sus diez y ocho años y reunia al ideal de la belleza una sensibilidad exquisita. Su talle era flexible y delicado, su mirada llena de vida; sus maneras revelaban la mas graciosa sencillez, sus cabellos castaños recojidos con descuido caian en hermosos rizos sobre su torneado seno. Vivía feliz; sus aspiraciones se reducian á bien poco que por lo mismo eran bien fáciles de llenar—ya habian susurrado á sus oídos dulces palabras de amor que quizá le habian sido gratas.

Llegaban pues de Parma: allí habian vendido las uvas de su cosecha, y volvian contentos el anciano y su hija, bien lejos de figurarse lo que les habia de suceder. ¡cuán ageno era de la mente de Rosalina, que no llegaria á su choza, ni veria á los aldeanos compañeros de su infancia, ni al fiel perro que la acompañaba en los paseos por los campos! Nuestra imaginacion halla tan grato solaz en las horas de prosperidad, que no le es posible ocuparse del tiempo que vendrá.

De repente se deja oír en el valle un silvido penetrante: y con la rapidéz del relámpago se ven rodeados por todas partes de bandidos que se apoderan del pobre viejo y le roban su caudal. Rosalina cae en manos del jefe á quien cree ya contento con su dinero, y de cuyos labios espera palabras de lástima y de perdon; pero se engaña cruelmen-

Apenas le es concedido el abrazar á su padre, desfalleciente de dolor, que vá á mendigar un rescate para su hija, como condicion indispensable impuesta por el malvado para la salvacion del alma de su existencia. Es arrancada brutalmente de los brazos de su tierno padre y conducida á la cueva en donde se abandona al llanto y á la desesperacion al pensar en la imposibilidad de lograr su libertad. Nada puede mitigar su dolor, nadie ahorrarle los sufrimientos de que vá á ser víctima. ¿A quién recurrirá su desvalido padre con esperanzas de obtener algo? . . . ¡Miserio, solo le ofrecen compasion do quiera! Solo un consuelo le queda—la justicia, pero á la idea de implorarla está asociada la de su perdicion y la de su hija. Recobraba por momentos un poco de calma; pero la vista de Giacomo que la perseguia continuamente con intenciones depravadas ajenas del honor la reducian en breve al mismo estado de insensibilidad.

Rosalina, modelo de inocencia, en la flor de su juventud es victima de los instintos brutales del bandido. Ya ha apurado el sufrimiento, la vida le es odiosa y teme la presencia de su padre ante quien es responsable de su conducta. Tan pronto se le vé risueña huyendo veloz sin rumbo cierto como si temiese de los bandidos, tan pronto triste y abatida gravando su nombre en las piedras y en los árboles. Giacomo no cesaba de mortificarla, sus exigencias eran repetidas, miserable! á él tambien le estaba decretado sentir alguna vez los agudos filos del dolor! En un momento de desesperacion de su inocente victima le arrebató el puñal del cinto y se lo hundió en el pecho, soltando una estrepitosa carcajada. ¡Infeliz! Estaba loca.

III.

Era la tarde, habian pasado ya quince dias. . . La aldea ofrecia un aspecto lúgubre y desierto. Los aldeanos doloridos se dirigian al Cementerio, acompañando á un anciano trémulo y lloroso. Se leia en su rostro la espresion de un agudo pesar—iba á rezar en la tumba de su hija. Llegados allí todos se arrodillaron con respeto al pie de una cruz con esta inscripcion:



Aquí yace la joya de los aldeanos.

La jóven era Rosalina, el anciano su padre.

El Sol antes de ocultarse iluminó con sus rayos de fuego aquella escena tocante y por última vez la calva frente de un padre que iba á reunirse al cielo con el objeto de su amor. Y. D. G.

A nuestras lectoras.



¿QUE mas consolador que hablar siempre de lo que nos afecta y conmueve? que mas hermoso, queridas lectoras, que dedicarnos en el Eco algunas líneas, cuando vosotras nos

inspirais tantos pensamientos? Vosotras que acogeis tan benévolas nuestros artículos, que descifratis los anagramas y que en las conversaciones soleis prodigar á la redaccion algunos elogios hechiceros con esa amabilidad encantadora, que seduce y enardece el corazón mas frio?

Como pues no se ha de deleitar nuestra pluma al consagraros aunque malamente algunas palabras, si haciendo relacion á vosotras para ensalzar vuestros hechizos reciben el mérito de que carecian? Y seremos nosotros solamente los dignos de merecer tanta felicidad? Nosotros porque os ofrecimos en nuestros primeros números dedicaros algunas líneas, deberemos hacerlo siempre? Sea: nos complacemos en ello, y os hemos dicho que escribir para vuestras bellas y sobre vuestras bellas, es uno de los delirios de nuestro corazón.

Pero faltamos á la verdad: no serémos egoistas. Nuestros cólegas se han sentido inspirados siempre por vosotras, y algunas poesías y pensamientos os han dedicado, ya en jeneral como particularmente. Sus anagramas encierran nombres de vosotras y vosotras los descifratis.

Entretanto nosotros guiados por los impulsos del corazón y por un sentimiento de que no podemos prescindir, miramos en vosotras el móvil de nuestras afecciones y los delirios de nuestra abrasada fantasía. Amigos de algunas cuyo jeneroso caracter nos ha favorecido y hechizado, hemos conocido por ellas fascinados, los encantos de un pecho de mujer. Hemos sentido mas de una vez á nuestro lado latir un pecho inocente, y hemos percibido tambien el suave y perfumado aliento que respiran.

En uno y otro caso hemos recordado la espresion sentida de un verso de nuestro malogrado compatriota Adolfo Berro, que decia así:

Es tan dulce y regalado
A mi espíritu doliente,
De una virgen inocente
El cercano respirar.

Y sintiendonos embebidos, hemos quedado estáticos mas de una vez sin pronunciar una palabra, interpretandose muchas veces este silencio, quizas por una falta de atencion que la sociedad denominada incivilidad.

Victimias muchas veces de este sentimiento, lo hemos sido tambien de algunas deceptions. Lo sabemos.

Sin embargo, al travez de un trueno, luce un rayo de esperanza; como al travez de la tempestad luce la calma. Si nos preguntais que quiero decir todo esto, os responderémos, que esos momentos de mudez nos proporcionan sueños deliciosos, y que á la agitacion que nos soleis producir sucede el triunfo. Es decir que por vosotras temos borrascas, pero encantadoras, en medio de las cuales luce un rayo de bonanza no siempre engañador.

Cuando nos decís No, una mirada nos consuela, una palpitacion nos encanta ó un silencio solemos interpretar favorablemente. Es cierto queridas lectoras? Si lo es hablamos por otros, cuyas palabras referentes á vosotras las guardamos siempre con particular empeño. Si no lo es, pese á nosotros el estravio que cometemos.

Vosotras nos perdonareis no es verdad? Noso-

tros perdonamos tambien vuestros desdenes injustos, muchas veces ocasionados por el hombre, ó por una falsa persuacion.

Concluiremos pues, recordando que os ofrecimos artículos de modas, pero las que han traído los últimos paquetes no contienen nada nuevo: y mientras que no lo hacemos, vamos á ocuparnos de un artículo sobre el coquetismo que adorna siempre á alguna de vosotras, para dar tiempo á la llegada del paquete próximo en el que esperamos algo que podamos transmitir, y de paso os pedimos que prepareis vuestras conciencias para lo que digamos sobre las coquetas en uno de nuestros próximos números.

J. J. B.

Hemos arrancado á la modestia de un amigo los siguientes versos que nos complacemos en publicar en las columnas de nuestro periódico. Exhortamos á nuestro amigo á que no desmaye en una carrera en que con tan buenos auspicios se presenta, y á que sea mas liberal con sus bellas producciones.

H. C. F.

SERENATA DE UN AMANTE.

Mi sensible corazon
En tu amor solo reposa,
Y al mirarte desdenosa
Se marchita de dolor.

¡ Calma entonces, mi tesoro,
El rigor que me aniquila !
Solo pena mi alma asila
Y un amargo sinsabor !

De tí nace mi pasion,
A ser tuyo solo aspiro
Y hasta el aire que respiro
Sin tu afecto es matador.

Del Oriente todo el oro
Y del mundo la corona
Lleve el hombre que ambiciona
Mucha gloria y sumo honor,

Yo tan solo mi ambicion
Cifro en tí, querida Diosa;
Y tu amor es la preciosa
Perla ansiada de valor.

El que jime, envuelto en lloro,
Y con su eco lastimoso
Turba acaso tu reposo,
Es tu amante trovador.

J. G.

Cuando ya estaba cerrado nuestro número anterior, nos fué recién entregado el anagrama con que nos favoreció la Señorita J. C. Lo publicamos pidiendo á su autora nos disculpe la tardanza y nuestra solucion, que omitimos.

H. C. F.

SS. Redactores del Eco.

Envío á Vdes. el siguiente anagrama para que se dignen resolverlo. En él van ocultos dos nombres masculinos.

Vuestra compatriota—J. C.

Mayo 4.

Anagrama.

Con un BAXASTO y el novio
Doña ROSA á paseo iba;
Y unos le gritan; mujer !
¿ Quiénes le han hecho esa GIBA ?

J. C.

Anagrama S.º

En mi CAMINO una flor
Encontré fragante y bella,
Y dije al sentir su olor:
Quien tan hermosa como ella ?

Si tu adivinas lector
Lo que encierra este anagrama,
Comprenderás al momento
Que es el nombre de una dama.

B.

A los Señores Redactores del Eco.

Charada.

Mi primera: una Ninfa desgraciada
Fué por la Diosa Juno castigada;
Lacónica respuesta es mi segunda
En que uno á veces su desgracia funda,
De siete hermanas una, es mi tercera;
Y una sola vocal es mi postrera;
Es el todo virtud muy apreciable,
Mas llevada al extremo, despreciable.

OTRA.

1.ª—Rara virtud;
2.ª—Hermosa flor;
Todo } Oh ! cuan raro es,
Un tal amor !

Solucion anagramática de la Charada del número anterior.

Rezando el Rosario hallé
Vuestra charada, y declaro
Que su rareza admiré;
Pues con sus letras formé
Este anagrama. . . SOI RARO.

F. A. DE F.

Imprenta de El Orden.

Calle de Buenos Ayres núm. 207.